

## Presentación. El cuerpo que somos

Al profesor José María Valverde le gustaba repetir en sus clases y conferencias que para la filosofía el gran problema no ha sido el alma y sus valiosas facultades, inteligencia y voluntad, sino el cuerpo. “A la filosofía, el cuerpo le sobra”, decía. Y es que en el cuerpo damos con lo individual, pasajero y caduco del ser humano, mientras que en el alma radicaría lo universal y lo trascendente. El cuerpo ofrece resistencia a los ideales de espíritu y complica su realización, de ahí la hostilidad con que frecuentemente la filosofía ha tratado al cuerpo, al que ha menudo ha visto como antítesis del alma y de lo realmente valioso.

Por reacción, no es extraño encontrar en la posmodernidad diferentes filosofías y formas de pensar que realzan el cuerpo orgánico: lo importante es la imagen que da nuestro cuerpo, el dominio que tengamos de él (gimnasia, baile), el placer que puede proporcionarnos, la conservación de la imagen (*lifting*) y la exhibición de sus formas físicas. En nombre de la salud y del deporte, una multitud de personas martirizan su cuerpo con todo tipo de dietas, masajes, tratamientos personalizados y ejercicios que acaban convirtiéndose en fines en si mismos y señas de identidad personal. Y hasta la medicina se acaba ensañando con nuestros cuerpos humanos para alargarles la vida sin tener demasiado en cuenta qué tipo de vida nos está concediendo.

Pero el cuerpo al que nos referimos en este número de nuestra revista no es ni la antítesis del alma, ni una máquina imperfecta, ni exclusivamente un cuerpo orgánico que podemos transformar indefinidamente con cirugías, injertos, trasplantes y piezas artificiales, hasta convertirlo en una especie de *androide* o *cyborg*, ni tampoco el cuerpo como continente imperfecto de una mente que habría que acoplar a máquinas menos frágiles que el cuerpo biológico. Nos referimos al ser humano corporal en su integridad.

Podemos sentir nuestro cuerpo y ver y tocar el de los demás. Cuando hablamos del cuerpo humano o teorizamos sobre él tendemos a referirnos a eso que se nos muestra de él: a algo que es visto, sentido, que puedo tocar, al cuerpo que tiene unas determinadas cualidades sensibles: huele bien o mal, tiene las manos frías o calientes, es bello o desagradable, etc. Esta idea del cuerpo de la experiencia común ha servido de fundamento a diferentes saberes (filosofías, antropologías, sociologías, psicologías, teologías, biología, medicinas etc.) que dan cuenta de él. Son saberes fundamentados en nuestro acceso al mundo mediante nuestra sensibilidad y en los sistemas de observación correspondientes a distintas metodologías científicas, con su acervo de radiografías o escáneres, exploraciones microscópicas, análisis del lenguaje corporal, observaciones de la conducta, etc.

La filosofía ha especulado sobre este cuerpo observado para verlo como prisión del alma y obstáculo para una vida centrada en valores superiores (Platón), como polo de tendencias contrarias a los mandamientos cristianos (Agustín), como maquinaria unida estrechamente a una mente superior (Descartes), como la máquina que constituye en exclusiva el ser humano (La Mettrie), como sede de lo humano del hombre y de sus más perentorias necesidades (Marx), o como expresión y recurso de la voluntad de poder (Nietzsche).

La antropología y la sociología han arrancado el cuerpo de una visión exclusivamente biológica para hacernos ver que es también una construcción social y cultural. Las investigaciones feministas nos muestran como las diferentes teorías del cuerpo se han construido bajo el imaginario y los intereses sociales masculinos. La sociología del cuerpo pone de manifiesto la existencia de una serie de dispositivos disciplinares (suplicio, castigo, represión, prisión, pero también educación, propaganda, etc.) que actúan sobre el cuerpo humano de modo que el poder de lo social se introduce y se encuentra expuesto en el cuerpo mismo.

La psicología social y diversas ciencias humanas críticas señalan como se repiten viejas utopías dualistas y gnósticas en forma de *cyborg*, *cybernetic organism*, esto es, la combinación de nuestros cuerpos con máquinas e internet favoreciendo el intercambio de información

entre informática, robótica y biología, hasta llegar a desprendernos del cuerpo carnal y exportar y almacenar nuestra memoria en máquinas. De hecho, diferentes ciencias y nuevas tecnologías (ingeniería genética, nanotecnología, informática, etc.) han convertido para bien y para mal en algo pretérito la diferencia entre lo natural y lo artificial. Por ejemplo, los defensores de la Inteligencia Artificial Fuerte están convencidos de que a medio plazo se podrán reproducir todas las capacidades humanas, incluyendo la consciencia, en una máquina.

La sociología histórica y la historia de las ideas ponen de relieve como, al compás del progreso de la sociedad industrial, se estableció una analogía del cuerpo con la máquina automática y como, bajo la influencia de esta metáfora, el cuidado del cuerpo quedó sometido a la lógica productiva: debía de ser fuerte para ser útil. Y ahora, en la época de la globalización y la postmodernidad, cuando cada vez es menos necesario el trabajo corporal, florece una nueva visión del cuerpo, potenciada por los avances científico-técnicos, que lo reduce a desecho o lo equipara a un automóvil al que podemos ir cambiando piezas mientras esperamos fabricar uno nuevo que sea de nuestro agrado.

La teología cristiana contemporánea hace patente como en sus inicios el cristianismo era ajeno a todo tipo de dualismo en la visión del cuerpo humano, y como históricamente ha sucumbido al platonismo, a la irrupción del orfismo y el

gnosticismo para los que el cuerpo tiene siempre algo de demoníaco, corrupto y deleznable. Los saberes con raigambres fenomenológicas subrayan la singularidad e inasibilidad de la vida singular de cada cual y buena parte de la reflexión ética postmoderna abunda en la idea de cuerpos diferentes, singulares, no sujetos a patrones binarios e insiste en que el reconocimiento del otro empieza precisamente con el reconocimiento del cuerpo del otro, de su diferencia.

La cuestión importante que queremos destacar es que este cuerpo sentido, observado y objeto de las más variadas especulaciones teóricas, científicas e ideológicas, presupone un cuerpo que lo siente, un cuerpo que lo toca, que lo entiende y que lo ve. El cuerpo objeto de nuestros saberes nos reenvía al cuerpo viviente, a un cuerpo que tiene estos poderes fundamentales de ver, tocar y emocionarse. Y lo sorprendente es que este cuerpo viviente, absolutamente presente a cada uno de nosotros e irreducible a cualquier objetivación, a menudo está ausente de nuestra reflexión.



Con el título de este tercer número de nuestra revista, *El cuerpo que somos*, no solo queremos reivindicar la corporeidad negada muchas veces en occidente como objeto de reflexión, sino también la experiencia o vivencia propia, individual e inasible del cuerpo. Queremos abarcar tanto la esfera objetiva del cuerpo: lo medible, lo mesurable, lo objetivable, lo inteligible de él, como la esfera subjetiva, lo vivido, lo singular, lo único; tanto el cuerpo dado entre las cosas como el cuerpo sentiente, el cuerpo viviente de cada cual que no puede ser reducido a ninguna experiencia ni objetivado, porque sólo desde él y para él todo lo demás se presenta como objeto.

Una ilusión de las ciencias ha sido la de objetivar el mundo único vivido por cada cuerpo, pero precisamente esto es imposible porque es la vida singular de cada cual la que posibilita las ciencias y todos los demás saberes. La vida, la espiritualidad, la subjetividad, el sentirse a sí mismo, o como quiera llamarse al hecho mismo de experimentarnos en cada punto de nuestro cuerpo, no es accesible a la ciencia pues precisamente es fundamental para ella rechazar los caracteres subjetivos, los afectos, y las emociones, para focalizarse en lo cuantificable y universalizable. Para realizar su labor, la ciencia tiene que abstraerse de la vida y la subjetividad de cada cual y ello es perfectamente legítimo mientras las saberes científicos sean conscientes de los límites de su campo de investigación. Desde la posición que aquí defendemos, ninguna

disciplina ni esfera del saber (arte, novela, ciencia, poesía, etc.) puede arrogarse la consideración de ser la que mejor accede al cuerpo humano.

*El cuerpo que somos* es una rebelión contra estas orientaciones filosóficas, médicas, técnicas y científicas de la postmodernidad que ven el cuerpo como los viejos órficos, como un bosquejo cuyos rendimientos hay que controlar y mejorar, o bien suprimir para salvaguardar nuestra mente en otro soporte más funcional. El cuerpo no es algo diverso del ser humano mismo. El acto de conocer no está separado de la inteligencia ni del cuerpo. Somos inteligencias corporales, inteligencias sentientes. No es el cuerpo el bueno o el malo de la película, sino el hombre en su integridad.

*El cuerpo que somos* quiere ser también una reivindicación de lo inútil, de lo frágil, de la precariedad, de las imperfecciones, de la finitud y de la muerte, porque solo podemos caer en la ilusión de hacernos inmunes a la vejez y la muerte a costa de nuestro cuerpo, torturándolo y en último término sustituyéndolo. En el cuerpo late la humanidad del hombre, enraizada en sus funciones primarias, como respirar, sudar, comer, orinar o dolerse de algo. El cuerpo es la condición del hombre, el lugar de su identidad: lo que se le resta o lo que se le agrega modifica la relación que mantiene con el mundo y los demás.

En definitiva, escribía Merleau Ponty, “ya se trate del cuerpo del otro o del mío pro-

pio, no dispongo de ningún otro medio de conocer el cuerpo humano más que vivirlo, eso es, recogerlo por mi cuenta como el drama que lo atraviesa y confundirme con él. Así, pues, soy mi cuerpo.”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Merleau-Ponty, M. (1945) *Fenomenología de la Percepción*, Barcelona: Ed. Planeta, 1984, p. 215.